

melusina [sic] propone al lector una serie de reflexiones concisas, contundentes y microcósmicas sobre los aspectos básicos de la condición contemporánea.

Otros títulos de la colección:

La clave celeste
Leszek Kołakowski

Heidegger en la tormenta
Marcel Conche

De la miseria humana en el medio publicitario
Grupo Marcuse

El volcán
Antonio Moresco

La loca historia del mundo
Michel Bounan

Instante propicio, 1855
Patrik Ourednik

Echelon. La red de espionaje planetario
VV.AA.

Antonio Moresco

La cebolla



melusina [sic]

Título original: *La cipolla*

© Antonio Moresco. All rights reserved
Published in Italy, 1995, by Bollati Boringhieri Editore, Torino.

© De la traducción del italiano: Piero Dal Bon y Albert Fuentes

© Editorial Melusina, S.L., 2007
www.melusina.com.

Diseño: David Garriga

Reservados todos los derechos de esta edición.

Depósito legal: B.42938-2007

ISBN-13: 978-84-96614-31-4

ISBN-10: 84-96614-31-X

Printed in Spain

I

Llegamos temprano a esta gran ciudad cuyo nombre no diré mezclados con grupos de trabajadores que jugaban a las cartas y bostezaban. El tren ya había empezado a aminorar la marcha y antes de entrar en la estación se había inclinado un poco. Se deslizaba despacio por los grandes puentes de mármol, se insinuaba en los resquicios inesperados de las calles, a escasos metros de las ventanas más altas de las casas, y se podían cruzar miradas con quienes andaban en pijama detrás de los cristales. Se había inclinado aún más al trazar una curva de las vías y parecía que en cualquier momento iba a vencerse.

Me apeé con cuidado, sujetándome al tirador de la puerta, porque los peldaños presentaban un ángulo innatural, y al pisar en el andén experimenté por un instante una leve sensación de vértigo. Me volví hacia ella para ayudarla a bajar.

Por la tarde, tras abrir de par en par una ventana, nos asomamos al bullicioso patio interior de un enorme bloque de pisos. Los días eran ya más largos y todavía había mucha luz. Abajo, en medio del patio, un magnolio vallado elevaba su perfume mezclado con el olor de la orina que los perros habían rociado contra su tronco y de los pisos de alrededor llegaba un fragor de platos y televisores y un denso olor de sopas y sofritos. Alguna que otra voz penden-ciera retumbaba para luego apagarse. La puerta acababa de cerrarse detrás de la casera, que había subido a enseñarnos la habitación, y las maletas aún estaban abiertas encima de la cama.

Miré a mi alrededor. La estancia donde nos encontrábamos no debía de ser al principio una habitación porque un zócalo de azulejos blancos, algo mellados en las esquinas, adornaba las cuatro paredes y el pequeño aseo se había dividido mediante un tabique para obtener una cocina minúscula.

Vaciamos las maletas, ella puso en el suelo, al lado de la cama, su pequeña balanza portátil, se desnudó y se montó en ella para pesarse con un movimiento maquinal. Veía desde atrás su cuerpo erguido e inmóvil, los brazos tendidos junto a las caderas y la cabeza levemente aga-

chada, mientras el disco numerado giraba bajo su peso haciendo un ruidito.

Nos lavamos en el pequeño aseo, luego oriné largo y tendido mientras ella se refrescaba los pies en el lavabo. Evitamos mirarnos, pero aun así intuimos el halo de nuestros cuerpos emocionados en aquel espacio nuevo. Nos cambiamos de ropa interior, ninguno de los dos hablaba. Pero antes de salir de la habitación, ya muy cerca de la puerta, nos cogimos arrebatadamente de las manos porque nos parecía mentira poder dar un paseo, después de tanto tiempo, sin un destino exacto y asfixiante, sin una meta.

Luego, en la calle, caminamos sin el peso de las maletas y las luces que se encendían en las casas no eran sino un poco más claras que las del cielo, que se iba apagando paulatinamente, de arriba abajo. Nos detuvimos un rato en un cruce, donde un montoncito de patatas fritas crujía y se hacía trizas bajo los neumáticos de los coches en marcha, hasta que no quedó más que un polvillo amarillo que se dispersó volando en el aire como esporas vegetales. Habíamos viajado gran parte de la noche anterior y ahora nos mirábamos en silencio, medio dormidos. Luego levantamos la vista para ver la ciudad.

De regreso a la habitación caminamos con

dificultad, pues yo la abrazaba con fuerza, la inclinaba para acercar su cara a la mía, y avanzábamos de lado como un solo cuerpo con tres piernas. Subimos en silencio por las escaleras, superado el temor a que las llaves del portal no abriesen. Al principio de cada tramo de las escaleras la pared quemaba un poco al rozarla con la palma de la mano y no sabíamos por qué.

Se acostó en la gran cama sin cabecera, que estaba pegada directamente a las baldosas. Yo la miraba con emoción, apoyado en los codos para mantener la cabeza levantada, seguía mirándole el rostro de cerca. La boca, sobre todo. Se la tocaba con la punta de los dedos para cerciorarme de que fuese de verdad: estaba toda quemada y reseca, sellada. También mi boca se había vuelto un poco abrasiva al frotarla con la suya. Le acariciaba los huesos de la cabeza con la punta de los dedos y me parecía que entre tanto su boca empezaba a ensancharse poco a poco, como si se abriese por vez primera, de nuevo, lentamente.